

de cuando sólo han pasado dos años desde que se acometiera el polémico proyecto de remodelación integral. El Ayuntamiento por ahora no tiene dinero para iniciar las obras. Pero el consistorio, con su alcalde, Miguel Ángel Cámara, a la cabeza debería plantearse que estos errores no pueden pagarse con el dinero de todos los murcianos. Hay que buscar a los responsables de esa chapuza urbana para que respondan.



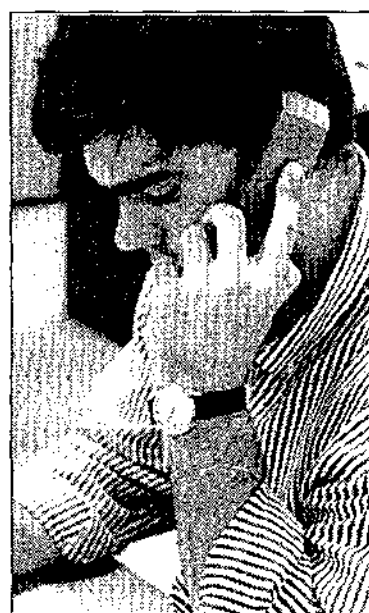
Miguel Ángel Cámara

una de las carreras de mayor prestigio del motociclismo español e internacional. Prueba de ello es la concentración de pilotos mundialistas que se han dado cita. Los españoles Alzamora y Jorge Martínez Aspar, el japonés Masaki Tokoudome o el ex campeón del mundo Dirk Raudies, todos han ensalzado las características del circuito cartagenero, con un trazado perfecto para preparar una temporada tan dura como la del Mundial de motociclismo. Está bien que en la región de Murcia se amplíe el abanico de posibilidades de los aficionados al deporte.

Un circuito en alza

El circuito de velocidad de Cartagena acoge este fin de semana la prueba Superprestigio Sólo Moto,

rible el 25 de octubre pasado (esto es, veinticinco días más tarde de su depósito), previo pago de 800 pesetas, por el presupuesto de reparación.



Entretanto, y por carecer dicho servicio de hojas de reclamaciones en las que reflejar mi queja por la tardanza en la devolución de mi teléfono, no me dejaron otro recurso que ir a las oficinas de la Oficina Municipal de Información al Consumidor, donde ha quedado constancia de los hechos: 1) Tardanza de la devolución, y 2) Falta de las hojas de reclamaciones.

El teléfono/contestador ha tenido una vida cortísima: un año y tres meses; muy poco para un aparato promocionado y vendido por Telefónica, empresa que se declara puntera en tecnología, por lo que debiera poner mayor atención en sus promociones antes de proceder a su comercialización, pues me consta que no soy el único afectado y que el grupo en cuestión ha tenido que sacar al mercado un nuevo modelo, algo más caro, pero con mejor calidad.

Obviamente, he tenido que recurrir a otra marca que me ofreciera su garantía, porque, lamentablemente, Telefónica no ha tenido la atención de contactar con sus clientes, dándonos cuenta del fiasco e invitándonos a cambiar de modelo mediante pago de la diferencia entre uno y otro modelo.

Dejo constancia de lo precedente, para la debida información de los lectores y usuarios de Telefónica y de su SAT.

José Gines Sánchez Martínez • MURCIA

AHORRO DEL INSALUD

■ Leo asombrado el titular en 3.ª página de *La verdad* del lunes día 28: «El Insalud se ahorrará 100 millones al año con el nuevo equipo de resonancia nuclear». Y en su interior: «La resonancia nuclear magnética ha supuesto un coste de unos 80 millones de pesetas...».

Ello me hace pensar que cada año se podía haber comprado una resonancia de 80 millones y con los 20 restantes pagar los sueldos de sus operarios. Con los años que esto viene sucediendo, ya podían tener resonancia nuclear magnética todos los hospitales públicos de la región.

Me pregunto: ¿quién ha estado gestionando hasta ahora nuestro dinero destinado a Sanidad? Como dicen los franceses *cherchez la femme*, si bien esta respuesta creo que puede encontrarse unas líneas más abajo: «Sólo en Murcia, las clínicas de San Carlos y Belén realizaron casi 5.300 pruebas diagnósticas, mientras que en Cartagena se superan las 1.500.

Rafael Leal Adán • MURCIA

SERVICIO TELEFONICO

■ Con fecha 16 de junio de 1995 adquirí a Telefónica un aparato modelo *Contesta Plus*, que importaba, en oferta, 12.845 pesetas. El 22 de mayo pasado, al detectar avería, lo llevé al SAT de Telyco (Grupo Telefónica), donde lo repararon, abonando 2.784 pesetas (21'67% de su valor/compra). Por reproducirse los problemas anteriores (dificultades en mensajes entrada/salida, descargas frecuentes de batería, deficiencias en la audición...), el 30 de septiembre hube de recurrir nuevamente al Servicio Oficial Telyco, donde 4 días más tarde me informaban de que el costo de la reparación ascendía a 7.693 pesetas (59'89% de lo que me costó).

Al sumar ambas reparaciones y contrastar el resultado con el valor y fecha de compra, desistí de la reparación y solicité la devolución del aparato. Tras de pasar diariamente por el servicio técnico, el teléfono sólo lo tuve dispo-

El editor se llama Procusto

JOSÉ MUÑOZ CLARES



Miren ustedes, yo empecé a escribir en *Campus* donde no teníamos limitaciones de espacio. Artículos-río publicábamos allí, lo que bien pudo influir en que al final nos echaran a todos como única forma de resolver los líos que habíamos formado con los veterinarios, con los bedeles, nuevamente con los veterinarios, con el equipo rectoral saliente, con el equipo rectoral entrante y ahí se acabó la mecha. Luego en *Diario 16* me acostumbraron a cincuenta renglones de sesenta espacios para unas cosas y a treinta y cinco renglones para otras. En *La Opinión* era distinto: había una tolerancia de dos renglones sobre los sesenta reglamentarios. En L.V. lo habíamos tenido claro hasta la fecha: unos sesenta renglones de sesenta y cinco espacios. Ahora no. Ahora son cuarenta y cinco renglones de sesenta y cinco espacios, ni uno más ni uno menos, o no cabe uno en su sección, que ya es tragedia.

-D. Procusto, que se me ha ocurrido una idea de casi sesenta renglones...

-Pues usted verá, buen hombre. Elija

He buscado en los presupuestos generales del estado pepinillo y no encuentro capítulo alguno que obligue a reducir las ideas para cumplir los objetivos de convergencia. ¿Han de ser las ideas en sí las que lo sufran?

-No, hombre, no -dice un redactor, creo que el Soler- se trata de que las mismas ideas quepan en menos renglones. Ideas anoréxicas, artí-

culos bonsai. Oriental, como la Mitsubishi.

-Joder qué altura... y qué ambiente tenéis por aquí. ¿Quién es la rubia ésa...?

He empezado ya a hacer gimnasia para pensar menos. Ahora veo la televisión. Adoro a Ronaldo el de los pantalones. Estoy por hablar de la boda adúltera de Alvarez Cascos. Me siento feliz. El día menos pensado voy y me enamoro. Socorro.

Lo que quieren es otra cosa: artículos minimalistas. Les haré una propuesta: Otoño. Hojas caen de árboles. Lluvia en sitios (no Murcia). Los santos. Qué putada morirse uno. Menos mal que pronto Reyes Magos. Supongo que les ha gustado. *Uno más*: Gobierno. Cascos casa obispos irrita. Pujol quiere lo que vascos ya. Cascos dice mi mujer es mía. Borrell ataca. Y Felipe sin dimitir (Peridis).

Los he mandado a la redacción por correo electrónico. El director no estaba, menos mal. Yo creo que están bien. Van pareciendo de Azorín y además yo soy de Yecla. Estupendo. Recibo un telegrama del editor de este medio: «Inútil te rices pelo. Stop. Cuarenta y cinco inco. Suyo afectísimo queda de usted muy obligado el editor Stop».

-Coño.

NOTA.- En realidad este artículo me lo mandó el director ya escrito y con mi firma al pie -falsarios-, con el siguiente argumento: «yo lo publico como tuyo, tú quedas como un rompedor y yo como un director tolerante. La empresa gana. Alvarez Cascos, tú verás. Si no le va bien al principio, cuándo le va a ir. Un abrazo. Eduardo».

CARLOS MARÍN-BLÁZQUEZ GUIRAO



Elogio de la penumbra

A veces la mirada se desliza sobre el perfil de las cosas con una cautela no exenta de rigor y de cálculo, con una metódica voluntad de exploración que se anticipa a lo imprevisto. En nuestras incursiones cotidianas a los lugares que la familiaridad parece haber despojado definitivamente de todo vestigio de misterio, allí donde la rutina ha obrado con implacable diligencia, desposeyendo a las personas y a los sucesos de esa leve costra de impermeabilidad que los vuelve extraños y distantes, invulnerables a la curiosidad ajena, todavía hay zonas de sombra en las que sólo es posible adentrarse recurriendo a los dones de la imaginación. Cuando todo nos parecía transparente, fijado por el tiempo y aprendido de memoria a través de meses o años de meticulosas repeticiones, de frecuentar fatigosamente los mismos lugares y de reconocer en cada uno de los rostros que desfilan frente a nosotros los mínimos estragos con que el paso de los días los va castigando; cuando nuestras vidas parecían condenadas a una monótona confirmación de paisajes, gestos, caras y conversaciones, justo entonces descubrimos algo que nos hace reaccionar, que nos sobresalta y nos alerta contra la dócil tentación de sucumbir a lo aparente.

Hace tiempo leí en un artículo de Antonio Muñoz Molina que cada una de las vidas que vemos pasar a nuestro lado «contiene la posibilidad de una historia o la evidencia de un símbolo». Prevenido por el recuerdo de esa cita, uno se acostumbra a mirar a su alrededor con una especie de tranquila avidez que no desdén ningún detalle. En el autobús o en la cola del supermercado, en medio de la atmósfera envenenada de cualquier local nocturno, en el sopor confortable y mullido de una de esas cafeterías donde la gente conversa casi en susurros, donde abres la puerta y escuchas, agradecido, ese murmullo despreocupado de voces que tiene algo de rumor subterráneo, de bálsamo milagroso contra la soledad, también allí, inevitablemente, la mirada sigue acumulando indicios y, poco a poco, sin que apenas intervenga la voluntad, uno va imponiendo a los demás sus propias mentiras, intentando imaginar desde la distancia enigmas que probablemente nunca hayan existido, inmiscuyéndose en sus vidas sin otro argumento que las figuraciones caprichosas que le depara su propia imaginación.

Porque sólo a través de la imaginación le está a uno permitido sumergirse en la conciencia de los hombres y mujeres con los que se cruza cada día, reconstruir su existencia, imponerles un pasado, conjeturar para ellos un futuro probable. Y es precisamente esa voluntad de saber la que nos condena a la literatura y al cine, a habitar plenamente en las vidas de otros aun a sabiendas de que, en definitiva, no se trata más que de una simulación y un juego. En los libros y en las películas busca uno descubrir eso que Onetti llamaba «el alma de los hechos», una verdad que llega mucho más allá de lo que nos muestran las apariencias y que, en ocasiones, nos consuela de la desdichada sensación de encontrarnos solos y perdidos.

Aprovechándose del afán común de conocer otras vidas, durante los últimos años, esos genios de la civilización contemporánea que son los programadores de televisión han ideado un lucrativo muestrario de engendros visuales donde la curiosidad se pervierte hasta degenerar en lo puramente obscuro. El roce de las vidas de los otros, el sigiloso rumor de las presencias que se cruzan

diariamente frente a nuestra mirada, silenciosas, anónimas, enaltecidas por la misma penumbra que las cobija, se convierte de golpe, cuando conectamos el televisor, en un estruendo de risas y llantos que se desbordan, en un zafio repertorio de individuos que no tienen el menor recato en airear sus íntimas suciedades o sus sentimientos más privados ante el ojo impúdico de una cámara. Ya no hace falta que el espectador recurra a la imaginación, porque en este circo de zafiedades todo está bien a la vista, todo resulta diáfano, evidente, con el agravante de iluminaciones espasmódicas y un escándalo continuo y embrutecedor de aplausos y músicas pachangueras, con gritos, y silbidos, y decorados horteras y presentadores impresentables.

Urge entonces, cuando el asco y la vergüenza ajena empiezan a abrumarnos, limpiar los sentidos de tanta estridencia inútil. Puede uno entonces aliviar su mirada y recobrar un poco de su pureza recordando que las cosas verdaderas suceden casi siempre en penumbra: en la acogedora intimidad de una sala de cine, por ejemplo; alrededor de la mesa de un café en el que varias personas charlan; en el interior de un cuarto cerrado donde alguien, a solas, lee o escribe en silencio.